

Al encuentro con Weinberg y la desmemoria homicida

(ii)

"No debe temerse el advenimiento de lo peor. Lo peor ya pasó. No vamos hacia lo atroz sino que venimos de lo atroz, concebido como lo imposible de ser radicalizado. Somos, en esa medida, sobrevivientes".

Santiago Kovadloff

"La nuestra es una cultura en la que el Otro ha sido y sigue siendo exterminado. Nos encontramos viviendo inmediatamente después de un estadio de la historia en el que millones de hombres, mujeres y niños fueron reducidos a cenizas. Nos hallamos más allá de una crisis de la cultura: es la destrucción de todo orden racional, es el olvido de la Palabra. Es una herida que no puede cicatrizar, y si cicatriza, la cicatriz es la huella que devuelve la memoria".

George Steiner

"Todas las mañanas, al levantarme, puedo leer el número de Auschwitz grabado en mi antebrazo, lo cual toca a las raíces mismas de mi existencia. Aún más, no estoy seguro de que eso no sea mi existencia entera".

Jean Améry

**"¿Existe algo así como una ética de la memoria?
¿Estamos obligados a recordar a personas y acontecimientos del pasado? Si es así, ¿qué tipo de obligación es ésta? ¿Pueden acaso el recuerdo y el olvido ser objeto de alabanza o de reproche moral?"**

Avishai Margalit

(filósofo israelí y profesor titular de Filosofía de la Universidad Hebrea de Jerusalén y de la Universidad de Princeton)

**"Cuando alguien hace un viaje para poder contar algo
¡no elije la línea recta!".**

Arnold Schönberg

**"La lógica es sin duda incommovible pero no resiste a
un hombre que quiere vivir"**

Franz Kafka

**"Auschwitz ha sido posible. Por lo tanto, Auschwitz es
todavía posible. El deber de la memoria intenta
rechazar lo más lejos posible esta imposibilidad".**

Jean-Francois Forges

**(colaborador de Claude Lanzmann en el film *Shoah* y
autor de "*Educar contra Auschwitz*")**

"La injusticia hecha a los muertos no prescribe con su muerte".

Walter Benjamin

**"Somos nuestra memoria / somos ese quimérico /
museo de formas inconstantes / ese montón de
espejos rotos".**

Jorge Luis Borges

**"El amor es así : una criatura caprichosa e impaciente,
que nos arrastra a cometer maravillosas y temerarias
imprudencias, pero también un animal que aguarda
agazapado los años que sean para cumplir lo que ha
prometido (...) Somos a la vez esa criatura y ese viejo
animal. Ambos tratando de sobrevivir en la más
absoluta extrañeza de esa cosa a la que llamamos la
vida, porque algún nombre hay que ponerle a lo que no
tenemos ni idea de lo que es".**

Gustavo Dessal

(psicoanalista argentino y novelista, autor de una de las mejores expresiones de la literatura hispanoamericana: "*Clandestinidad*")

TEXTO

Cuando se pide a la gente que a raíz del Holocausto se plantee las preguntas más terribles: "¿cómo fue posible tal horror? ¿cómo pudo suceder entre los seres y la cultura más civilizados del mundo?, en general, la "gente" (tú, él, su amigo, sus seres cercanos) no se sienten perturbados ni en su tranquilidad mental ni en su mundo anímico. No hay culpa posible en el ejercicio de la cotidianidad porque el examen de la culpa se disfraza de investigación y racionalidad. ¿Cuántos años puede durar una lágrima? La altura de la pregunta puede ser inocua pero no podemos renunciar a ella. Lo

que pasa es que la posible respuesta constituye una filosofía de la espera, dirigida a mantener viva la pregunta mientras se crean (o se disfrazan) las condiciones para una respuesta. Tal vez no existan esas condiciones (o quizá sólo existan en la poesía, porque solamente la poesía es capaz de representar las contradicciones sin resolverlas conceptualmente, en una unidad que está más allá, elusiva y musical).

Auschwitz sucedió. Auschwitz es verdad y aunque hoy o mañana nadie lo recuerde, es una verdad eterna. "No es el pasado que permanece, es la verdad que no pasa", dice André Comte-Sponville. De ahí la enorme significación de obras como "*La pasajera*" de Weinberg (valiente apuesta de los directivos del Teatro Real y de su director artístico Joan Matabosh) que son el antídoto contra la desmemoria, expresión de unas de las óperas más escalofriantes y estremecedoras del siglo XX, un llamado a la conciencia de cada uno de nosotros. Ante la tendencia instintiva que se somete a

la necesidad de sobrevivir sin conflictos (todo sucedió "allí, en otro tiempo, en otro país"), ante la fuerza poderosa de la negación y el ocultamiento, *la razón produce monstruos* (como lo recordaba Goya). Cuanto más culpables sean ellos, en este caso los alemanes, o unos pocos alemanes delirantes y siniestros, menos tendremos que enfrentar dichos interrogantes. La bomba ha quedado desactivada. Se la echa al olvido. Ya no es necesario hacer ninguna revisión importante de nuestra vida interior (cosa que ayer en su visita a Auschwitz, Angela Merkel ha señalado como "conducta nefasta"). Se trata no sólo de de lo que nosotros podemos decir sobre el Holocausto, sino también qué tiene que decir el Holocausto sobre nosotros, sobre lo que Bauman señala como "un ejercicio colectivo de olvido y ceguera". Weinberg nos pone por delante, creo yo, todas estas reflexiones ante un suceso éticamente ciego: una Europa *judenfrei*, libre de judíos.

Una de las protagonistas príncipes de esta ópera (guardiana en Auschwitz) cree haber olvidado lo sucedido, vive como si fuera otra persona, pero la fantaseada o real presencia de su víctima en el barco desata los fantasmas del pasado y demuestra que para un asesino el olvido es imposible. Sin memoria nos quedamos sin identidad. En la amnesia histórica la cultura sucumbe en las garras de la racionalidad perversa que inventan los ganadores. Negar la memoria es negar la autoridad del sufrimiento de las víctimas de la historia. Levinas siempre lo manifestó: la responsabilidad antes que la libertad. Que la cultura - como lo dijo Nietzsche- es sólo una fina piel de manzana sobre un ardiente caos y que el ser humano - Weinberg dixit- se obsesiona por mantener íntegra para que la vida posea una donación de sentido. Una donación de sentido que pueda trascender aquellas palabras de Primo Levi: "Esto es el infierno. En nuestro tiempo el infierno debe ser así, una sala grande y vacía,

y nosotros cansados teniendo que estar de pie y hay un grifo que gotea y un agua que no se puede beber y esperamos algo terrible y no pasa nada y sigue sin suceder nada. ¿Cómo vamos a pensar? No se puede pensar ya: es como estar muertos. Algunos se sientan en el suelo. El tiempo transcurre gota a gota". Además, nos narra Levi, en Auschwitz está prohibido preguntar (*¿Warum?*) porque preguntar es poder pensar que las cosas podrían ser de otro modo. Como diría Steiner: en ese mundo se puede tocar a Schubert por la noche, leer a Rilke por la mañana y torturar al mediodía. Dice Reyes Mate: "La filosofía ha seguido leyendo a Kant y oyendo a Mozart como si nada hubiera ocurrido. ¿Cómo leer a los clásicos, disfrutar de la música barroca o rezar a Dios, después de Auschwitz? Claro que hubo avances significativos (Celan, Schönberg, Hillesum, etc), pero ya no podemos relacionarnos ingenuamente con la cultura (...) Nos acercamos al principio adorniano de que "hacer hablar al sufrimiento

es la condición de toda verdad". Reyes Mate matiza bien y Weinberg hace lo suyo porque sabe que los desafíos de Auschwitz siguen pendientes. Y esa deuda -que hay que pagar- es negada por el mundo.

En última instancia ,lo que importa para la gente, es que el Holocausto nada tiene que ver conmigo, es cosa de sucesos que no me conciernen, de una bestialidad humana que no me incluye, de ese olvido que nos recuerda aquel pensamiento de Alain: "Todos las artes son como espejos en los que el hombre conoce y reconoce algo de sí mismo que antes ignoraba". Por eso, la gente mayoritariamente dirá: el Holocausto no es una herida demoledora centrada en el espíritu mismo de la humanidad, no es un episodio que sacudió por su inesperada crueldad la mente de los bienpensantes : es sólo un hecho histórico que, como todo lo que sucede en la historia, puede olvidarse fácilmente. Y en todo caso el Holocausto, la *Shoah*, sólo implica a los judíos, es algo que le sucedió a ellos,

sólo pertenece a la historia judía. Por eso los libros sobre el Holocausto, en muchos casos, se reseñan en las secciones dedicadas a "temas judíos". Esa cínica manera de la negación hace que cada cual halle en esta historia (la aniquilación de un pueblo por el sólo hecho de serlo, por el simple expediente de ser judío) lo que quiere buscar en ella, lo que se está dispuesto a encontrar. Quizá el Holocausto fue más que una aberración, algo más que una metástasis de la maldad humana en el cuerpo de la civilización. Quizá el Holocausto mostraba otro rostro que no estábamos acostumbrados a analizar. Pero, por otra vertiente y desoyendo nuestra inclinación a mirar para otro lado, podemos pensar como lo hace José Jiménez Lozano : donde está nuestra mejor alma es en el *almario*, allí donde se aprende a mirar lo que uno realmente es, mirar por detrás para ver cómo está hecho el tapiz de la vida. Y en el caso del Holocausto para afrontar lo que no vemos o no quisimos ver, hacernos oír lo que no

oímos, alejarnos de nosotros mismos para centrarnos en nosotros mismos, atrapar lo que la realidad oculta cuando tememos mirarla de frente. Weinberg, a través de un argumento que podríamos llamar colateral, desnuda la verdadera fisonomía del nazismo, haciendo de esta ópera lo que Shostakovich llamó "un himno a la Humanidad". Lo que habla de la grandeza de un hombre que, perseguido por los nazis por judío (su familia entera -padre, madre, hermanos- fue asesinada en los campos de exterminio) y posteriormente perseguido por Stalin, también por judío (por "querer poner el Estado soviético en manos de los judíos, por cosmopolita reaccionario") y liberado después de la muerte del dictador), hizo de su calvario una reclamación ("un protesto", como se decía antiguamente), una evidencia del terror y una constancia de su inexorable y visceral lucha por los derechos humanos. Tenía conciencia que el arte es la más fructífera senda para darle lugar a una metafísica

que, más allá de las leyes y las convenciones, pueda dar una imagen creíble del ser humano y, pese a todas las nefastas contrariedades, un sí a la vida. Aunque debemos estar atentos: el Holocausto no produjo una revisión sustancial de nuestra conciencia y, en consecuencia, el animal destructivo que el hombre lleva adentro hace que el huevo de la serpiente se encuentre en el lugar menos esperado. La singularidad del Holocausto - que insisto, lejos de ser el único holocausto al que fue sometido el ser humano- no fue hija del tamaño de la crueldad ni de la brutalidad de los depredadores ni nada que nos llevara a pensar que hay víctimas de primera o de segunda. Un genocidio son todos los genocidios. Lo singular fue que Auschwitz era un proyecto de olvido, de desmemoria : no debía quedar rastro físico de la matanza para que desapareciera de la conciencia de la humanidad cualquier huella de recuerdo o memoria. El dominio nazi ha finalizado hace mucho tiempo pero su

venenoso legado dista mucho de haber desaparecido, escribe Bauman. Todos los días se comprueba el aserto de esta afirmación. Nuestra supeditación al cálculo rentable puede hacer que razón y ética sean términos opuestos. Al reducir la vida humana al cálculo de la propia autoconservación, esta racionalidad roba humanidad a la vida humana. Lo dirá Hitler: "la conciencia es un invento judío". Pero cuidado, el Holocausto que hasta el día de hoy sigue siendo el singular acontecimiento de la destrucción de la vida. nos hace descuidar la vigilancia del presente para poder vivir en paz con el pasado. Por eso el Holocausto se va desvaneciendo en la conciencia del ser humano, reitero, hasta alcanzar sólo la significación de un hecho histórico más. El paso del tiempo (la desaparición de los últimos sobrevivientes, la condena jurídica de los responsables visibles, los diversos genocidios que saturan nuestro presente) hace estragos en la probable ética del hombre. Por eso es de aplaudir que nuestro

Teatro Real se niegue a ser cómplice del silencio y ponga ante nuestros ojos y nuestros oídos la lección que de él se desprende para toda la humanidad. Hay algo que debemos aprender: la memoria no es una operación ascética libre de toda contaminación subjetiva. Por el contrario, la realidad no es la facticidad, lo que está ahí, porque también forma parte de la realidad lo que no está, lo que no es, lo que quiso ser y no pudo, lo que quedó frustrado en medio del camino. Se trata del sentido del tiempo y cuando ya mencionas el tiempo hablas de la memoria. Lo oculto, lo ocultado, lo negado, lo ausente, toman la iniciativa y nos colocan en un estado de máxima vulnerabilidad, obligados siempre a revisar, a cuestionar, a iluminar, a incorporar las nuevas preguntas y recomponer un equilibrio siempre precario. El Otro toma la delantera y esta circunstancia (transformada en siniestra) es muy visible en la ópera de Weinberg, donde en cierto momento no sabemos cuánto tiene la pasajera de

recuerdo verosímil y cuánto de delirio. La "pasajera" es víctima de algo que los seres humanos no podemos neutralizar y que, según Nietzsche, "se graba con fuego lo que se quiere que permanezca en la conciencia : sólo lo que no deja de doler se queda en la memoria". Weinberg esto lo sabía bien.

La historia en que se basa la ópera es obra de Zofia Posmycz, sobreviviente de Auschwitz, y la escribió quince años después de finalizada la 2ª Guerra Mundial, cuando vivió un incidente en París : estaba Zofia en la Place de la Concorde, habitada de turistas y junto a un grupo de alemanes que hablaban y reían muy alto: "De repente escuché una voz idéntica a la de mi guardiana en la prisión de Auschwitz. Tenía una voz muy estridente que era la misma que estaba escuchando en ese momento. Pensé: "¡Dios mío!, es la carcelera". Miré por todas partes, la busqué, pero no era ella. ¿Cómo iba a ser ella?... pero el corazón se me paró por un momento. Y entonces pensé: ¿qué hubiera

hecho si hubiera sido?". Zofia vivió allí esa anécdota que Weinberg transformó en ópera. Pero trasladó la historia - el libretista fue Alexander Medvedev- a un barco, de tal manera que fuera imposible la huída, un barco en plena travesía a Brasil y cuyos pasajeros están condenados a encontrarse en cada momento.

Un violinista alemán, Linus Roth, que ha grabado las seis sonatas para violín de Weinberg, dijo en un reportaje en el que habla del músico: "Si lees sobre su vida y su biografía, la impresión que da es "¿cuánto puede soportar una persona?". Elocuente y justiciero comentario sobre un compositor que hizo honor a la grandeza de la creación, sin desestimar su compromiso histórico y su imperativo ético (tanto como su amigo Dmitri Schostakovich, ambos auténticos arúspices). Finalizo esta primera *particella* con palabras de Paul Hilberg: "Recordad, una vez más, que la cuestión básica era si una nación occidental, una nación civilizada, era capaz de hacer semejante

cosa. Y entonces, poco después de 1945, vemos que el interrogante ha dado una vuelta completa cuando comenzamos a preguntarnos :¿Existe alguna nación occidental que sea incapaz de hacer esto?. En 1941 no se esperaba el Holocausto y ésta es la razón fundamental de nuestras angustias posteriores, Ya no nos atrevemos a excluir lo inimaginable".

En un trasatlántico en el que una pasajera huye de su pasado nazi, otra pasajera revive el recuerdo de lo acontecido y comprueba que no se puede escapar a la propia conciencia. En esta sencilla y humana peripecia Weinberg prohíbe el silencio (y el silenciamiento) y pone delante de los ojos la memoria de un crimen que no se debe olvidar. Como dice Primo Levi: "¿Cómo olvidar que las cenizas humanas provenientes de los crematorios, toneladas diarias, eran fácilmente reconocibles como tales porque con gran frecuencia,

contenían dientes o vértebras?". O Elie Wiesel : "Nunca olvidaré esa noche / la primera noche en el campo que hizo de mi vida una larga noche / cerrada con siete llaves. Nunca olvidaré ese humo /. Nunca olvidaré la carita de los niños cuyos cuerpos se transformaban en torbellinos de humo bajo un cielo mudo / Nunca olvidaré esas llamas que consumieron para siempre mi fe / Nunca olvidaré ese silencio nocturno que me ha arrancado para toda la eternidad el deseo de vivir / Nunca olvidaré esos instantes en que asesinaron a mi Dios y a mi alma / y los sueños que tomaron el aspecto de un desierto / Nunca olvidaré esto aunque estuviera condenado a vivir tanto tiempo como Dios mismo / Nunca". Steiner escribirá en *El castillo de Barba Azul*: "¿Por qué las tradiciones humanistas y los modelos de conducta resultaron una barrera tan frágil contra la bestialidad política?". Son algunos de los tantos testimonios con que la memoria estruja el presente y nos hace corresponsables de la presencia del Otro en

la tierra. Como lo dirá Imre Kertész : "No hay manera de curarse de Auschwitz, nadie se recupera de la enfermedad que es Auschwitz". A menos que, como Primo Levi, Paul Celan, Jean Améry, Tadeusz Borowski y tantos otros, no pudieron soportar esa memoria ("esa enfermedad") y, reitero, se suicidaron, no sin antes dejar testimonio del horror y del espanto, un horror y espanto donde una burocracia anónima y asesina firmaba una condena a muerte como se firma un permiso de conducir, sin restañar; una burocracia que condenaba a un pueblo a vivir en la indignidad y la desaparición. Durante años centenares de miles de personas, en su mayoría judíos, pasaron por una "fábrica de muerte" (para su "desinfección") , donde grandes baños de puertas herméticas decorados con carteles que les recordaban que no olvidasen dónde dejaban su ropa (para engañar sobre sus destinos), eran asesinados en ese "teatro de la muerte" (también así lo llamaron) en el que de las duchas sólo emanaba

Ziklon B (ácido prúsico cristalizado, cianuro). Y esta letal perfección de la muerte no era sólo un aspecto de la economía (eficacia del procedimiento de asesinato de masas en el menor tiempo posible) sino de la psicología (no enfrentar la mirada de los condenados, es decir, transformar la conciencia en un trámite de oficina). Por eso Martín Heidegger, con insensibilidad cínica, habló del avance tecnológico de matar ovejas con las técnicas más avanzadas: "El campo de concentración reproduce las formas de vida de la fábrica, en la cual la "solución final" es aplicar a los seres humanos las técnicas de producción en serie". A lo que Steiner respondería : "el universo concentracionario es la tecnología de producir dolor sin sentido, de la bestialidad sin objeto, del terror gratuito". Primo Levi cuenta el momento en que ante su pregunta en Auschwitz a un miembro de la Gestapo "¿warum?" ("¿por qué?"), el depredador le responde : "Aquí está prohibido preguntar". Naturalmente, poder

preguntar significa poder pensar que las cosas podrían ser de otro modo. Pero fuera de Auschwitz no hay nada, Auschwitz es la pregunta y la respuesta." La palabra se ha deshumanizado- dice Mélich- es como si no quisiera hablar del Holocausto (...) ¿Puede acaso la palabra, después de Auschwitz, expresar alguna esperanza?". O lo dice Günter Grass (miembro del partido nazi en su juventud) en "*Escribir después de Auschwitz*" : "Nuestra vergüenza nunca se podrá reprimir ni superar: La realidad de Auschwitz se resiste a la abstracción y aunque se rodee de explicaciones, nunca se podrá entender". ¿Qué más explícito que las palabras hipócritas de Rudolf Hoess, comandante de Auschwitz : "Que fuera necesario o no el exterminio de judíos, a mí no me correspondía ponerlo en tela de juicio". Weinberg testimonia esa vida en los barracones con un estilete de cirujano : una frialdad que corta la respiración. En ese enigmático vínculo entre las dos pasajeras (la víctima y la victimaria, atraídas por

oscuros motivaciones), Weinberg retrata, a través del mundo interno de la victimaria, ese inmenso cementerio, un gigantesco campo de exterminio, donde se perpetró el mayor asesinato de la historia (por allí pasaron 1,3 millones de personas y 1,1 fueron asesinadas, en su gran mayoría judíos, 870.000 de ellos en las cámaras de gas nada más llegar). Y todo "como si no hubiera pasado nada", porque la masacre de seres humanos había comenzado en el corazón mismo de la civilización, socavando las raíces de la cultura occidental y nuestra concepción del mundo. Por eso no debiera ser posible vivir como si aquello no hubiera tenido lugar : igual, dirán, tantos las víctimas como los verdugos ya no existen. Y cuando terminamos de aceptar esto, ya somos, incluso inconscientemente, cómplices de la barbarie. ¿Para qué recuperar un pasado que ya no tiene testigos vivenciales? Mejor olvidar y vivir sin taquicardia. Hay que ser pragmático. Claro que la barbarie tuvo su presencia pero hoy hay

que mirar al futuro y olvidar lo sucedido. De esto trata la vergüenza humana: de catapultarla debajo de la indiferencia o la racionalización, de apaciguarnos a través de una gramática inhumana. Pero Auschwitz es un hecho monstruoso : no es sólo un momento de la historia sino su punto de inflexión, un antes y después. Con actitudes como éstas, con el silenciamiento o el negativismo o la indiferencia, el infierno no está lejos sino en el interior de cada uno de nosotros. Las víctimas de Auschwitz no son sólo el testimonio del más grande crimen de la humanidad sino de algo más: "son las delegadas ante nuestra memoria de todas las víctimas de la historia" (Paul Ricoeur). En los más altos enclaves de la civilización el terror ha florecido en el corazón de la cultura. La pesadilla del "eterno retorno", de Nietzsche, está ante nuestra mirada. Vean un ejemplo aterrador: muy cerca del campo de concentración de Dachau con millares de asesinados, nada impidió que en Munich se desarrollara un gran

ciclo de invierno de la música de cámara de Beethoven. Imaginar esto no admite otra conducta que reaccionar con el estómago. Las náuseas son casi automáticas. En nombre del pragmatismo, en nombre del nuevo orden, en nombre de un nuevo mundo, Beethoven acompañó la actualidad de la muerte. Bibliotecas, museos, exposiciones, conciertos y campos de exterminio coexistían armoniosamente al mismo tiempo y en un mismo espacio. El alemán de aquellos años aunaba en sí el campo de exterminio y la sensibilidad musical y literaria. Podrá decirse que se trataba de ignorancia (es decir, de no tener conciencia de lo que sucedía) pero es cada vez más difícil creerlo. "Los testimonios dicen lo contrario", Lanzmann *dixit*. Lo dice Gabriel Marcel: "Reflexionar sobre lo inconcebible no es aquello para lo que no hemos encontrado ninguna palabra sino aquello por lo que ninguna palabra puede ser encontrada". Un horrible ejemplo más, que nunca terminé de comprender: el 4

de julio de 1946 - ¡la guerra finalizó en 1945!- en la ciudad de Kielce (Polonia), cuando judíos nativos del lugar, sobrevivientes, regresaron para recuperar sus hogares, se produjo un *progrom* y 80 de ellos fueron asesinados. Ana Bikont (la destacada periodista y escritora polaca, autora de una notable biografía sobre la premio Nobel Wislawa Szymborska) entrevistó a dos de los perpetradores (que fueron condenados) y dice: "Fueron completamente cínicos. No mostraron ningún rastro de arrepentimiento". No era raro. La misma Anna Bikont (no sólo periodista sino psicóloga) escribió un estremecedor libro titulado "*Nosotros, los habitantes de Jedwabne*", donde relata el *progrom* del 10 de julio de 1941, donde en Jedwabne (cerca de Bialystock), quemaron vivos en un granero a sus vecinos judíos tras una indescriptible orgía de torturas, sin que las autoridades alemanas (Gestapo) intervinieran. Lo más llamativo es que la gente del lugar sigue cerrando filas hasta hoy. Breve aclaración. Weinberg es polaco,

nacido en Varsovia, toda su familia fue exterminada en el Holocausto : no pretendo con estas menciones inculpar (o exculpar) a todo el pueblo polaco de antisemitismo (entre los Justos del Museo de Yad Vashem en Israel, es decir, de seres que dieron o arriesgaron su vida por salvar judíos, hay 6.000 polacos) pero sí quiero expresar lo que ya sabemos y siempre reiteramos: el imperativo categórico de "*¡Nunca más!*" está siempre en tren de ser cuestionado bajo distintos ropajes. En el libro de Diego Moldes (ensayista, novelista y poeta gallego) "*Cuando Einstein encontró a Kafka*", notable *capo labore* de la cultura, está claramente desarrollado este siniestro tema. Aconsejo su lectura.

Finalizo con aquellos versos de Leon Felipe: "Mira, este es un lugar donde no se puede tocar el violín./ Aquí se rompen las cuerdas de todos los violines del mundo / (...) Yo también soy un gran violinista / y he

tocado en el infierno muchas veces./ Pero ahora, aquí / rompo mi violín y callo".

Cuando la poeta polaca Wislawa Szymborska -muerta en 2012 en Cracovia a los 88 años- recibió el Premio Nobel de Literatura, en su discurso de agradecimiento (uno de los más breves en la historia del premio), resumió su actitud ante la vida y la poesía: "Estimo muchísimo estas dos pequeñas palabras : *no sé*". Y agregó : "Soy quien soy / un caso inconcebible/ como cualquiera. ¿Acaso no somos cada uno de nosotros inconcebibles en su forma de ser, en su mismidad? Ahí está y ahí radica el más elemental sentido de trascendencia". Lo dirá Luis Cernuda: "Recuérdalo tú y recuérdalo a otros". Porque la memoria no es un gesto ni un maquillaje, es un reclamo ético incanjeable que nace de las mismas tripas de la historia. Y es la manera más honda y cabal de la resistencia. Por eso nunca habrá demasiada. Weinberg lo vuelve a decir.

"Esta historia debe ser contada y ante ella siento una profunda vergüenza. Sucedió, por lo tanto puede suceder de nuevo. No debemos olvidar que estos crímenes son parte de nuestra identidad nacional y exceden los límites de toda comprensión posible. Es imposible para los alemanes trazar una línea con este pasado. ¿Quiénes pueden responder a este dolor? Recordar los crímenes, nombrar sus autores y rendir un homenaje digno a las víctimas es una responsabilidad que no acaba nunca. Nosotros los alemanes se lo debemos a las víctimas y a nosotros mismos. No es negociable y todo menos fácil acudir a un lugar donde los crímenes de los alemanes superaron todo lo imaginable. Estar en silencio no puede ser nuestra única respuesta. No debemos olvidar. Debemos levantarnos y expresar nuestro desacuerdo. Me inclino frente a cada una de estas personas. Me inclino ante las víctimas de la Shoá. Me inclino ante sus familias".

Angela Merkel

(en la visita al campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau el 6 de diciembre de 2019 y la primera jefe de un gobierno alemán que pronunció un discurso en la *Knéset*, el Parlamento del Estado de Israel, y recordó "la vergüenza que mancha a los alemanes").

Finalizo mis citas o epígrafes con la actual primer ministro de Alemania, Angela Merkel, porque es de valorar lo que en realidad debería ser, lo que Adorno llamó *un imperativo categórico-moral*. Recordar, rendir homenaje, no mirar para otro lado, no pasar por alto. Porque es Auschwitz - entre tantos otros exterminios, reitero- el crimen más espantoso que ha cometido la humanidad y el que vuelve a sacar la cuestión de la culpa y el olvido de los que hicieron gala millones de alemanes, y no sólo alemanes, durante muchos años, como si sobre el Holocausto (y lo he designado así porque es - contra toda lógica- el término más usado)

hubiera caído un velo que separase a un pueblo de una minoría "enferma" y "asesina" y de un régimen de "depravadores siniestros", únicos culpables de los desmanes producidos. Súbitamente (¿súbitamente?) en 1945, al finalizar la guerra, como si de un accidente natural se hubiera tratado, comenzó otra época sin mirar atrás, sin necesidad de saber, sin apremio de comprender cómo fue posible y por qué fue posible. Sin culpa, sin remordimientos, el tiempo se encargó de dibujar ese velo y sobre todo borrar para siempre los efectos de una política terrible y demencial. Los alemanes de aquellos años comenzaron a mirarse a la cara sin rubor ni vergüenza, pues no se sentían culpables ni coautores, nadie lo era, sólo un sistema totalitario los había obligado al silencio. Querían volver a transformar tramposamente el corazón de piedra en corazón de carne (como lo dice la Biblia). "El Holocausto entró en el limbo de la amnesia colectiva", escribió el periodista Jesús Ceberio en *El País*: "Nadie

sabía nada acerca de aquel secreto de familia que todos habían compartido". Y la expresión "¡Nunca más!" finalizó perdiéndose en la bruma del desarrollo histórico. Lo que terminó dando la razón a los nazis: el Holocausto fue una razón de Estado y un fin en sí mismo. En Auschwitz se conjuntaron la inflación burocrática de funcionarios distantes e inhumanos con mitos de la raza y mentiras autosuficientes de asesinos delirantes. Y frente al dolor que Auschwitz significó, la memoria se constituyó en recurso de redención frente al proyecto de aniquilar a un pueblo, su gente y su cultura, sin dejar huella alguna. El imperativo de "¡Zahor!" (¡Recuerda!) - imperativo que marcó el costado de Weinberg- se transformó en un llamado a la conciencia de los hombres y el hondo deseo de supervivencia en el sentido de no callar ni negar, porque el pasado está allí, a nuestras espaldas, y es necesario conocerlo en lo que fue y tal como fue, cuidándonos sistemáticamente de las trampas de la

memoria. Recuerdo con nitidez el film de Lanzmann "Shoah" y la escena en que al paso de los trenes de la muerte los gestos de los aldeanos polacos hacia el ganado humano que se encaminaba a Auschwitz : los pulgares que trazan un semicírculo en el cuello celebrando ese destino aciago de miles de personas, esos gestos que hacen que el ser humano adquiera el rostro de lo mísero. Primo Levi dice en "*Si esto es un hombre*" : "Quizá no se puede comprender todo lo que sucedió o no se deba comprender, porque comprender es casi justificar". Comprender un comportamiento humano significa (incluso etimológicamente) contenerlo, contener al autor, ponerse en su lugar, identificarse con él. Pero ningún hombre normal podrá jamás identificarse con Hitler, Himmler, Goebbels, Eichmann e infinitos otros, No podemos comprenderlo pero podemos y debemos comprender dónde nace, dónde está el huevo de la serpiente, y estar en guardia. Si comprender es imposible, conocer es necesario para

que las conciencias no vuelvan a ser obnubiladas (las nuestras también). Lo dice Vladimir Jankelévitch:

"Auschwitz fue una cosa innombrable, inconfesable y aterradora, una cosa de la que se retira el pensamiento y que ninguna palabra humana osa describir. Las orquestas tocaban a Schubert mientras se ahorcaba a los detenidos. Se comercializaban los cabellos femeninos. Se arrancaban los dientes de oro de los cadáveres, esa cosa indecible que uno duda en llamar por su nombre: Auschwitz". Hay un salto cualitativo que nos hiere en el costado: cuando el régimen nazi declara que no pretende expulsar a los judíos de su territorio sino hacerlos desaparecer de la faz de la tierra. Es entonces cuando aparece el nuevo crimen : el crimen contra la humanidad. En carta polémica de Georige Steiner a Elie Wiesel dice: "Te niegas a comparar la agonía de cualquiera que es torturado y quemado vivo hoy con los que lo fueron ayer - y es, creo yo, lo que te has ocupado de hacer, Elie- eso

resulta ser algo que no se corresponde con el genio más profundo de la imaginación judía y del sentido judío de la implicación con el destino del hombre". Por más que la barbarie nazi se inscriba en la violencia del siglo XX, hay un punto de desmesura no alcanzado hasta ese momento. De ahí que se puedan hablar de la singularidad de la Shoah. Y, por fin, lo que narra Agamben en "*Lo que queda de Auschwitz*" respecto del diálogo de Primo Levi con un depredador. Dice éste: "De cualquier manera que termine esta guerra, la guerra contra vosotros la hemos ganado, ninguno de vosotros quedará para dar testimonio de ella, pero incluso si alguno lograra escapar el mundo no le creería. Tal vez haya sospechas, discusiones, investigaciones de los historiadores, pero no podrá haber ninguna certidumbre, porque con vosotros serán destruidas las pruebas. Aunque alguna prueba llegase a subsistir, la gente dirá que los hechos que contáis son demasiado monstruosos para ser creídos: dirá que

son exageraciones de la propaganda aliada, y nos creerán a nosotros que lo negaremos todo, no a vosotros. La historia del *Lager* seremos nosotros quien la dicte". Es cierto, el nazi tiene razón, y así lo comprobamos en el curso de muchos momentos de la historia. De nada sirve hurgar en la política como biopolítica (Agamben), describir el hombre bajo la figura de la animalización (Kafka), analizar la justicia y el derecho como violencia (Benjamin), denunciar el idealismo como ideología totalitaria (Rosenzweig), desvelar que para los vencidos el estado de excepción es lo permanente. Lo que hay que hacer es levantar acta de la impotencia de pensar y establecer tesis donde Auschwitz da que pensar nuevamente (como dice Reyes Mate), *aquello que da que pensar* (como decía Rosenzweig). Por eso la importancia de la memoria, aunque nada esté tan alejado de la historia como ésta porque aquella intenta ser objetiva y ésta es la expresión del sentimiento humano. El Holocausto

marca un corte en la cultura y la cultura no puede expresarse sin tomar en cuenta esa herida. Quizá sea ese sentimiento de la índole del expresado por nuestro querido Mauricio Wiesenthal cuando escribe en un mail "Yo viviría en una frontera porque siempre podría asomarme al extranjero y tenerlo cerca. Me ahogo en los mundos cerrados. Cuando estoy mucho tiempo en Barcelona me voy a un hotel, el que sea, y me tomo allí un café. Y lo hago porque necesito sentir que se hablan otras lenguas, que hay gente de otros países y de otras razas". El que sabe leer que lea.

Salvedad final: Auschwitz me marcó en el costado como judío pero también soy consciente que las víctimas de Auschwitz, las víctimas de ese infierno, son, por antonomasia, las representantes en nuestra memoria de todas las víctimas de la historia, en ese reverso de los sucesos que ninguna astucia de la razón puede legitimar. Hay que comenzar a leer y escribir de otra manera y quizá no quede cultura capaz de

encontrar palabras que testimonien ese infierno, un tiempo en que se olvidó al Otro, que no se supo cómo nombrarlo, que estuvo a nuestro lado y no lo reconocimos. En el infierno se pierde la oportunidad de nombrar una ausencia. Nuestra huella es la huella del Otro. No hay gramática viva sin el Otro Es la huella que no cicatriza y, si llega a cicatrizar, es la huella que devuelve la memoria. Por eso lo de la desmemoria homicida. Por eso traemos a Weinberg. Y quizá por eso nos llegan tan hondo palabras de Claudio Magris:

"Utopía significa no olvidar a las víctimas anónimas, a esos millones de personas que perecieron y que han sido sepultadas en el olvido (,,,) Este espíritu de utopía está custodiado sobre todo en la civilización judía, en la indómita tensión de sus profetas".

O, finalmente, este texto mío, inspirado en el estilo de Hermann Broch y su inolvidable novela "*La muerte de*

Virgilio", novela que nos habita de pasión por la vida.

Yo titularía a estas últimas palabras como el ***Coro de la nostalgia de las víctimas de la Shoa***. Como decía

Goethe: "sólo el que sabe de la nostalgia comprende mi sufrimiento" :

Y aquello que sonaba era más que un tañer de gargantas, era más que cualquier sonido, era más que toda voz, puesto que eran todos juntos y a la vez, surgiendo de la noche y el universo, surgiendo como entendimiento más alto que toda comprensión, surgiendo como significado más alto que todo concebir, surgiendo como la música pura y dolida que era, superior a toda motivación y significado, final y comienzo, poderosa y dominadora, atemorizada y protectora, propicia y tronante, la música del sufrimiento, la música de la pertenencia, así sobrevino rumorosa, bramando por encima de los depredadores, tan avasalladora que nada podía detenerla, el mismo universo se disipaba en ese coro, disuelto y superado

en aquellos pentagramas, aniquilado y creado de nuevo para siempre, porque nada se había perdido, porque el fin se unía al principio, renacido, superando todos los embates, sobreviviendo todos los males, un coro que se cernía sobre la nada y flotaba más allá de lo expresable y lo inexpressable, y cuanto más se cernían aquellos pentagramas, tanto más inaccesible y grande, tanto más misteriosa e inaprensible, se tornaban aquellas voces, un mar pesado como el mar y leve como el mar, sin dejar de seguir siendo grito, más allá de todo lenguaje, salvo el de persistir, el de perdurar, el de sobrevivir, el de negarse a renunciar a la vida. Quizá se pueda decir así, ese grito de resistencia no lleva a la muerte sino que proviene de ella, y la pena y la evocación que ella contiene nos regresa a la vida. Hay veces en la historia que la legislación jurídica no es suficiente, hay veces que la única jurisprudencia posible es el instinto de los hombres.

Arnoldo Liberman

